

El nuevo ocho mil de Vargas Llosa

Benjamín Prado

Cuando Mario Vargas Llosa busca una respuesta, encuentra una novela, y en esta ocasión, al preguntarse hasta qué profundidades de la maldad puede descender el ser humano cuando corre detrás de su codicia, se contestó con *El sueño del celta*. Es un camino nuevo, pero no diferente, porque para escribir *La fiesta del Chivo* este valeroso coleccionista de infiernos que acaba de premiar a la academia sueca con aceptar el Nobel, se debió interrogar de forma parecida, y por eso el resultado es comparable: ambas obras son un catálogo de canallas, un repertorio del horror y un inventario de la perversidad que envilece a quienes buscan el dinero a cualquier precio y el poder por encima de todo. Las estaciones por las que se pasa de camino a esa Perversidad se llaman Ambición, Crimen e Hipocresía, y son los tres extremos de este relato que abarca tres continentes, África, América del Sur y Europa, y nos enseña que todo holocausto tiene dos mitades, la de los que asesinan y la de quienes miran para otra parte. No es raro que Joseph Conrad sea uno de los secundarios de lujo de esta historia, porque su papel es corto pero su sombra es alargada: *El sueño del celta* es, a todas luces, de la familia de *El corazón de las tinieblas*.

La idea de que todos los déspotas son iguales y todos sus servidores se asemejan, es uno de los núcleos de la escritura de Mario Vargas Llosa, está presente en gran parte de su obra y, muy a menudo, en los artículos que publica semanalmente en la prensa diaria, y desde luego es el mensaje central de *El sueño del celta*, donde se juntan el estremecedor relato de las atrocidades cometidas por la Bélgica de Leopoldo II en el Congo y por ciertas compañías inglesas en la Amazonía, una y las otras para recolectar el caucho que el primer mundo necesitaba para fabricar, por ejemplo, los neumáticos de sus coches, con la no menos conmovedora

narración de la lucha desigual de Irlanda por independizarse del Reino Unido. Para contar todo ello, el autor de *La ciudad y los perros* o *El pez en el agua* se sirve de un personaje real que es una mina, el diplomático y aventurero dublinés Roger Casement, que estuvo en esos lugares y esos momentos como cónsul de su país, y si primero vio con sus propios ojos el exterminio llevado a cabo por los salvajes colonizadores entre los indígenas del Congo, Perú y Colombia, después sufrió en su propia piel la ferocidad con que el imperio británico reprimía los sueños de los nacionalistas irlandeses. Cuando denunció la barbarie que sucedía a lo lejos le pusieron una medalla, pero cuando alzó su voz contra la que se producía a su alrededor, lo colgaron a él. Pasó, por lo tanto, de héroe a traidor y de defensor de la libertad a preso, encarcelado por sus actividades políticas, desacreditado por sus tendencias sexuales y ejecutado sin piedad en la prisión de Pentonville, en Londres, el 3 de agosto de 1916, sin que la corona atendiese las peticiones de clemencia de cientos de ciudadanos, entre los que se encontraban Arthur Conan Doyle, William Butler Yeats y George Bernard Shaw. Conrad, a quien había tratado en el Congo y quien le había reconocido que él fue quien le abrió los ojos para hacerle ver que la supuesta tarea civilizadora de los europeos en África era uno de los mayores actos de cinismo jamás llevados a cabo, se negó a firmar la solicitud de indulto.

Antes de todo eso, en los salones de las ciudades, los dueños de las compañías ignoraban, o no querían saber, que sus empresas se abastecían de esclavos, y alardeaban de la tarea evangelizadora que habían ido a hacer al Congo, sin reconocer en ningún caso que su verdadero objetivo «no era ayudar al africano a salir del paganismo y la barbarie, sino explotarlo con una codicia que no conocía límites para el abuso y la crueldad». En medio de ese caos, la muerte caía sobre los desdichados nativos como un dominó, porque cada asesino quería su parte del botín: «Como los jefes no tenían sueldos sino comisiones por el caucho que reunían en cada estación, sus exigencias para obtener el máximo de látex eran implacables. Cada recogedor se internaba en la selva quince días, dejando a su mujer y sus hijos en calidad de rehenes. Los jefes y racionales disponían de ellos a discreción, para el servicio doméstico o para sus apetitos sexuales. Todos tenían verdaderos serra-

llos –muchas niñas que no habían llegado a la pubertad– que intercambiaban a su capricho, aunque a veces, por celos, había arreglos de cuentas a balazos y puñaladas. Cada quince días los recogedores volvían a la estación a traer el caucho. Éste era pesado en las balanzas trucadas. Si al cabo de tres meses no completaban los treinta kilos recibían castigos que iban desde latigazos al cepo, corte de orejas y narices, o, en los casos extremos, la tortura y es asesinato de la mujer e hijos y del mismo recogedor. Los cadáveres no eran enterrados sino arrastrados al bosque para que se los comieran los animales».

El sueño del celta es una novela compleja que esconde un trabajo tan duro tras cada página que me imagino que si a Mario Vargas Llosa le hubieran dado a elegir entre escribirla o ganar el Nobel, habría dudado. Por suerte, una y el otro han coincidido y los miembros del jurado podrán presumir triple, por haber galardonado a un creador genial, por haberlo hecho justo cuando coronaba otro de los ochomiles de su carrera y porque este libro, como los mejores suyos o de cualquier maestro, tiene la virtud de simbolizar más de lo que cuenta: igual que el dictador de *La fiesta del chivo* era Trujillo y llenó de sangre la República Dominicana pero depende del lugar desde donde lo miraras también eran Franco y España, Stalin y la Unión Soviética, Videla y Argentina o Pinochet y Chile; también *El sueño del celta* remite a otros países, otros horrores y otras épocas, porque salvando todas las distancias, la denuncia de la explotación de los débiles para satisfacer las necesidades y los lujos de los poderosos, sirve también para nuestros días: ¿quién fabrica en China, en la India o en algunos lugares de Latinoamérica, a qué precio y en qué condiciones, algunas de las marcas que se venden en nuestras sofisticadas calles comerciales? «Debajo de las multiplicaciones hay una gota de sangre de pato», dice Federico García Lorca en *Poeta en Nueva York*, y ese verso podría haber sido perfectamente la cita que abriera *El sueño del celta*. Mario Vargas Llosa sabe que donde hay una injusticia puede haber una novela, y por eso ha escrito muchas de las suyas.

Lo que aprendió Roger Casement en el Congo y el Putumayo es lo que no querían saber en Bruselas o en Londres quienes se beneficiaban del horror que sufrían los indígenas de África y Lati-

noamérica y, por añadidura, pretendían pacificar sus conciencias queriendo convencerse de que no actuaban por avaricia sino por filantropía. Lo que quiere hacernos ver Mario Vargas Llosa con este nuevo libro es una luz roja que actúa como aviso y nos recuerda que el pasado no es sólo un ejemplo, sino también una lección: el horror siempre acecha, en Iquitos o en Dublín, y la política no tiene amigos, sólo siervos, y por eso cuando el antiguo héroe le dice a los justicieros ingleses lo que no quieren oír, le quitan el traje de santo para ponerle el de demonio. La novela, que empieza con él en la cárcel, a la espera de una conmutación de la pena de muerte que jamás se produce, es una cuenta atrás angustiosa que mantiene el suspense en cada página, por mucho que el lector sepa o imagine que el único final posible es el menos feliz. Que Vargas Llosa nos haga intuir que el propio Casement ha propiciado parte de ese desenlace trágico, explica su idea del nacionalismo como un veneno para la razón y, a menudo, un atajo a la intolerancia y la violencia. Todo lo que puede tener de atractivo una novela está en *El sueño del celta*: intriga, aventuras, viajes, exotismo, un mensaje moral, amor, emoción, un lenguaje hipnótico, dramas, cambios de rumbo, de paisaje, de perspectiva...

Desde esta otra casa verde de Mario Vargas Llosa que es *Cuadernos Hispanoamericanos*, celebramos que el premio Nobel haya vuelto a caer sobre un autor de nuestro idioma y que la academia sueca le haya dado al maestro hispano-peruano lo que es suyo y merece por su talento, su perseverancia y su infatigable lucha por la libertad ©